

Las personas del verbo

Jaime Gil de Biedma (1929-1990) es, junto con José Angel Valente y Claudio Rodríguez, uno de los poetas más interesantes de su generación. Su obra es breve, algo más de ciento cincuenta páginas de poemas pertenecientes a tres libros (excluyo *Según sentencia del tiempo*, por tratarse de un solo poema breve): *Compañeros de viaje*, *Moralidades* y *Poemas póstumos*, recogidos todos ellos bajo el título *Las personas del verbo* en 1982, como edición definitiva. A esto ha de sumarse el diario escrito en 1956, publicado en 1974, *Diario de un artista seriamente enfermo*, y la recopilación de ensayos *El pie de la letra*, 1980.

Jaime Gil de Biedma se ha convertido en todo un personaje y su imagen seguirá creciendo, formándose y deformándose como corresponde a toda persona que se somete, voluntaria o involuntariamente, a la capacidad ficcional del verbo, siempre que se trate de una metaforización que alcance, como en este caso, una capacidad de significar más allá de lo convencional. La muerte, nunca a tiempo, siempre injusta, le vino cuando contaba sesenta y un años (enero de 1990), y aún parecía que el poeta pudiera dar ejemplo de juventud. Hombre extremadamente inteligente, fue también heroico bebedor, alto ejecutivo de una empresa con sede en Manila, crítico agudo, restringido en sus temas y curiosidades, pero ejemplar en su capacidad de penetración y en la limpidez de su prosa; fue también traductor de alguna obra (Eliot), noctámbulo social y, quizá lo más trágico, un denodado apostador por la felicidad. Hijo de una rica familia burguesa, tuvo una conciencia muy clara de la situación de su mundo social dentro de su concepción estética («palabras de familia gastadas tibiamente»). Heredero del mejor romanticismo inglés y francés, fue también un rectificador de algunos asentamientos ingenuos que aquéllos defendieron. Encontró apoyo, al menos, en cuatro poetas que fueron también críticos de importancia: Antonio Machado, Luis Cernuda, T.S. Eliot y W.H. Auden. Gracias a Cernuda, Jaime Gil se libera de la falta de crítica respecto a la validez objetiva de la experiencia, como ha señalado el crítico James Valender, que afectaba a gran parte de la generación del veintisiete.

Gil de Biedma es, quizá, junto con Cernuda, el primer poeta español que se sitúa frente al poema con una actitud crítica. Esta actitud crítica supone el cuestionamiento de la posibilidad de transmitir de manera suficiente el «mundo» del poeta. No

hay, entre lo vivido y la configuración verbal del poema, objetividad. Se trata, pues, de la elaboración de un objeto hecho de palabras, cuyas «experiencias» o universo sensible se ve roto, escindido de un sujeto con identidad jurídica, es decir, única y continua. Gil de Biedma no dice: esto me ocurrió a mí, sino esto le ocurrió o le sucede a «Jaime Gil de Biedma», un sujeto inventado por el poema. ¿Acaso no es lo mismo a fin de cuentas? Obviamente no. La suposición de un correlato entre vida y expresión es corriente en el romanticismo; es el ejemplo, en el caso de la poesía inglesa, de Wordsworth, pero se rompe con el simbolismo y fue reivindicado en alguna medida por el surrealismo. Sólo que para los surrealistas ya no es el sujeto, sino cualquier sujeto, el nosotros del inconsciente, una categoría depositaria del universo poético que trasciende el universo individual. Ni Alberti, ni Lorca, ni Guillén, se plantearon esto como un problema. Para Gil de Biedma no hay sujeto, o no sólo uno, como fundamento objetivo de las ficciones poéticas, sino que vislumbra una heterogeneidad de personas en el seno de la palabra poética.

Gil de Biedma, lector atento de Antonio Machado, hereda las reflexiones profundas que éste hizo respecto a las nociones de inspiración y fundamentación poéticas. Al decir antes que no hay sujeto fundamental he querido decir exactamente *yo poético*, singular y absoluto. Gil de Biedma señala desde el título de su obra, la pluralidad como fundamento del poema. Antonio Machado en *Proverbios y Cantares* definió esta adjudicación de manera sentenciosa: «No es el yo fundamental/ eso que busca el poeta,/ sino el tú esencial.» Esto no quiere decir que Machado conciba a la persona como no-otra, todo lo contrario: el uno es, en su fundamento, para poder serlo de verdad, otro. El poeta sevillano amplió estas meditaciones enlazándolas con algo realmente importante: la alteridad como fundamento de la identidad, una identidad que es, siempre, una búsqueda, un ir al encuentro, nunca un sentimiento estático y definitivo. Pero esto nos separaría de Jaime Gil, ya que no toca los fundamentos de su poesía.

Un sentimiento que sí le preocupó y que comparte con Machado, es la inquietud por el tiempo. Machado califica a Juan de Mairena de «poeta del tiempo». El tiempo vivido, el tiempo encarnado, no el que pertenece a elucubraciones filosóficas —por lo demás de indudable interés—. Juan de Mairena señalaba como ejemplo de poeta con un fuerte acento temporal a Jorge Manrique, poeta muy del gusto también de Jaime Gil. Este paso del tiempo, tanto en Machado como en el poeta catalán, es de orden personal y está en tensión con la noción ficcional del autor de la obra poética. La persona es una máscara, pero la máscara es una metáfora de la persona, un tránsito hacia la persona.

Cuando leemos a Jaime Gil siempre topamos con él, es como si fuéramos a visitarlo a su casa previa cita, lo lógico es que este allí y, aunque no siempre nos hable, le vemos monologar y poner en escena tal vez para él mismo, algún episodio de su vida ya difunta y, por lo tanto, irremediable. Su obra tiene la característica de la biografía, siempre nos encontramos con el personaje y sus vicisitudes, una persona que se desvanece cuando queremos fijarla y una máscara que va adquiriendo los rasgos de la

experiencia, una máscara a la que vemos asistir al pulso de los días. Joan Ferraté pensó que «la convergencia entre el personaje elegido por las palabras del poeta y la persona del autor (otro personaje, hay que admitirlo), no es tan regular como parece, ni tan frecuente como se cree». Confieso que el rastreo de la convergencia o no de persona y personaje no es mi tema; no soy su biógrafo, sino más bien estoy interesado por lo que Jaime Gil quiere que su lector entienda sobre el agonista de sus poemas.

Pere Rovira, que ha dedicado al poeta el estudio hasta el presente más completo, señala a este respecto la voluntad de Jaime Gil de querer llegar al fondo de su experiencia en un afán de conocimiento. Fue el mismo poeta quien dijo que los temas principales de su poesía eran el paso del tiempo y él mismo, y no era una *boutade*. Este es otro eco de Machado: hay un poemilla suyo en el que un niño encerrado en un cuarto, un niño al que Machado llama poeta, dice «el tiempo, el tiempo y yo». Y esto es lo que dice Jaime Gil. Ahora bien, ese yo está hecho de «palabras de familia», por eso aparece en *Compañeros de viaje y Moralidades*, principalmente, como un yo social, como un mito poético cargado de moralidad.

Su poesía no se puede dar sobre la base de una noción romántica de correlato entre experiencia personal y poema que le llevaría a anular la distancia o la diferencia entre lo vivido y la escritura. Si hay poeta es sólo en el momento de la acción poética, nada más. En esto sigue a su admirado W.H. Auden, que en *The dyer's hand* (*La mano del sembrador*, 1962) afirma que el poeta sólo lo es en el tiempo virtual de la escritura: «En el momento anterior no es sino un poeta en potencia; al momento siguiente es un hombre que ha dejado de escribir poesía, tal vez para siempre.»

Por un lado, Jaime Gil está hondamente preocupado por sus experiencias, por lo que le ha pasado, y más afinadamente por lo que ya no le pasa; por el otro, heredero crítico de ciertas tradiciones, sabe que si quiere entender su mundo deberá marcar una distancia entre la persona y aquello que escribe. El lo observó en Espronceda, poeta al que admiraba por razones que, analizadas, podrían arrojar alguna luz sobre su poesía y su persona. «El conocimiento —escribió pensando en esta misma tensión que señalo en su obra, viéndola él en *El diablo mundo*— de esa distancia se ha convertido en fuente de efectos poéticos.» Distancia crítica que supone conciencia de las diversas y contrapuestas dimensiones de la identidad. En esto radica su manera de ser moderno, es decir, de insertarse de manera viva dentro de la tradición moderna de la poesía que va siguiendo este aspecto, de Lord Byron y Browning a Valéry Larbaud, Eliot y Pessoa; y, según piensa él mismo para la tradición española, el Espronceda del *Himno al sol*. Jaime Gil no duda en afirmar que la poesía de la experiencia que se inicia con Wordsworth y Coleridge, es la genuina y característica poesía moderna. Creo que otros, sin negar esto, añadirían algunos otros elementos definitorios de la modernidad en poesía: ser tema de sí mismo, tensión entre las aspiraciones revolucionarias y la tentación religiosa, la inclusión de la ironía como dinamitación de la analogía, búsqueda de fundamentación en un tiempo mítico, el del principio, y otras que se relacionan con nuestro tiempo de manera paradójica. Pero lo que más